

SUJETOS COLONIALES: ESCRITURA,
IDENTIDAD Y NEGOCIACIÓN
EN HISPANOAMÉRICA
(SIGLOS XVI-XVIII)

ED. CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS



CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2017

SUJETOS COLONIALES: ESCRITURA, IDENTIDAD
Y NEGOCIACIÓN EN HISPANOAMÉRICA
(SIGLOS XVI-XVIII)

CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS (ED.)

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «BATIHOJA», SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI)

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)
SUBDIRECTORA (PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS-PEI): MARTINA VINATEA RECOBA (UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO, PERÚ)
SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)
TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)
SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)
ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)
PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)
LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)
ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)
VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)
ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)
GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA /REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)
GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)
HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)
EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

CONSEJO ASESOR - SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI):

TRINIDAD BARRERA (UNIVERSIDAD DE SEVILLA, ESPAÑA)
CARLOS CABANILLAS (UNIVERSITETET I TROMSØ, NORUEGA)
JÉSSICA CASTRO RIVAS (UNIVERSIDAD DE CHILE, CHILE)
JUDITH FARRÉ (ILLA-CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS, ESPAÑA)
PAUL FIRBAS (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
AURELIO GONZÁLEZ (EL COLEGIO DE MÉXICO, MÉXICO)
ARNULFO HERRERA (UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, MÉXICO)
MARIELA INSÚA (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)
RAÚL MARRERO-FENTE (UNIVERSITY OF MINNESOTA, ESTADOS UNIDOS)
JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI (TUFTS UNIVERSITY, ESTADOS UNIDOS)
HUGO HERNÁN RAMÍREZ SIERRA (UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, COLOMBIA)
JOSÉ A. RODRÍGUEZ GARRIDO (PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ, PERÚ)
LEONARDO SANCHO DOBLES (UNIVERSIDAD DE COSTA RICA, COSTA RICA)
JOAQUÍN ZULETA CARRANDI (UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, CHILE)

Impresión: Ulzama Digital

© De los autores

ISBN: 978-1-938795-32-9

Depósito Legal: M-10390-2017

New York, IDEA/IGAS, 2017

SUJETOS COLONIALES: ESCRITURA, IDENTIDAD
Y NEGOCIACIÓN EN HISPANOAMÉRICA
(SIGLOS XVI-XVIII)

CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS (ED.)

ÍNDICE

PREFACIO	9
ROLENA ADORNO Carlos de Sigüenza y Góngora y las antigüedades mexicanas	11
IGNACIO ARELLANO Subversiones (o no) en la poesía colonial, y la construcción crítica al margen del texto	35
CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS El sujeto colonial mulato en la poesía de Juan del Valle y Caviedes	59
MARGUERITE CATTAN La retórica clásica en la <i>Instrucción</i> de Titu Cusi Yupanqui	81
BEATRIZ DE ALBA-KOCH Los indígenas en la obra de Fernández de Lizardi: justicia, caridad y devoción	99
MIGUEL DONOSO RODRÍGUEZ Sobre invenciones de guerra dañosas en la <i>Historia</i> <i>de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile</i> (1575), de Alonso de Góngora Marmolejo	119

PAUL FIRBAS	
Reducción y expansión de <i>cimarrón</i> : historia temprana de un término colonial	131
JOSÉ LUIS GASTAÑAGA PONCE DE LEÓN	
«El villano del Danubio» en los Andes: sujetos coloniales en el <i>Libro de la vida y costumbres</i> de Alonso Enríquez de Guzmán	159
PEDRO M. GUIBOVICH	
Indios y libros en el virreinato del Perú	171
ESPERANZA LÓPEZ PARADA	
La genealogía como dispositivo de identidad: un príncipe melancólico en la línea sucesoria	195
JOSÉ A. RODRÍGUEZ GARRIDO	
Espinosa Medrano, dramaturgo y colegial del Seminario de San Antonio Abad del Cuzco	215
GISLE SELNES	
El sujeto del naufragio: hombres, animales y caníbales en los relatos de naufragos coloniales	241
LEONOR M. TAIANO C.	
Casta, etnia y fe en <i>Infortunios de Alonso Ramírez</i>	255
CARMELA ZANELLI VELÁSQUEZ	
Re-escritura y refundación histórica: los casos de Cajamarca y el cerco del Cuzco bajo la mirada de Garcilaso en la segunda parte de los <i>Comentarios reales</i>	267

SOBRE INVENCIONES DE GUERRA
DAÑOSAS EN LA *HISTORIA DE TODAS LAS*
COSAS QUE HAN ACAECIDO EN EL REINO DE
CHILE (1575), DE ALONSO DE GÓNGORA MARMOLEJO

Miguel Donoso Rodríguez
Universidad de los Andes (Chile)

La conquista de las tierras americanas dejó una amplia gama de testimonios escritos en los que se puede apreciar el despliegue de la máquina de guerra española en diferentes procesos de conquista. En muchos de ellos es posible reconocer, en paralelo, cómo el mundo indígena fue capaz de oponerse con éxito a dicho aparato bélico, creando, con ayuda de su tenacidad e ingenio y aprovechando algunas ventajas comparativas, un sistema de guerra tan temible que llegó a poner en entredicho la dominación de los europeos.

La literatura indiana referida a la conquista de Chile es muy fecunda en el tema de la guerra, debido a las especiales circunstancias que mantuvieron a los españoles ocupados en luchar contra el pueblo mapuche¹ por largos años: así, cuando hablamos de guerra de conquista

¹ Según la terminología propuesta por el antropólogo Guillaume Boccara, los pueblos indígenas de la zona centro-sur de Chile, asentados entre el río Mapocho y el seno de Reloncaví, conocidos comúnmente como picunche, mapuche y huilliche, deben englobarse mejor bajo el término genérico de *reche*. De acuerdo a esta clasificación, los mapuches o araucanos, que habitaron entre los ríos Biobío y Toltén, corresponden a los

en América inevitablemente se nos viene a la cabeza la guerra de Arauco, conflicto en el cual los indígenas tuvieron de cabeza, durante largos periodos, primero a los españoles y luego a la naciente República. En el temprano panorama histórico-literario de este territorio austral destaca el testimonio de un soldado que participó en su conquista inicial, el capitán andaluz Alonso de Góngora Marmolejo, quien llegó a Chile hacia 1550, habiendo sido reclutado quizá por el propio Pedro de Valdivia en Lima, en momentos en que la falta de hombres en dicho territorio se había vuelto crítica y hacía insostenible la empresa conquistadora. Góngora Marmolejo, quien sobrevivirá a Valdivia (el gobernador murió cruentamente en Tucapel en 1553), continuará integrando las tropas españolas destacadas al sur del Biobío hasta casi su propia muerte, acaecida a principios de enero de 1576. Enfrentado año tras año con los irreductibles indios, este autor observará con ojos críticos no solo los sucesos ocurridos en el territorio de Chile, sino el desempeño de una larga serie de gobernadores, unos buenos y otros malos, según apunta su duro testimonio². A partir de 1572 nuestro autor redacta una crónica esencial en la temprana conquista de Chile: la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*, que concluirá en diciembre de 1575, pocos días antes de su muerte. Esta crónica destaca no solo por ser uno de los pocos textos de la conquista de Chile fechados en el siglo XVI; también son de resaltar la sencillez y humildad del autor (quien evita todo protagonismo en la obra, dejando fluir el recuerdo de unos hechos en los que, como nos lo hace saber repetidas veces, participó activamente)³ y su poca propensión a la fantasía y a la exageración de los hechos bélicos⁴. Góngora Marmolejo

reche del centro, *mapuche*. La palabra mapuche, como es bien sabido, es un etnónimo tardío que no aparece sino en la segunda mitad del siglo XVIII, y remite a la población indígena que vivía en el centro-sur de Chile a la llegada de los españoles (Boccaro, 2009, p. 20).

² Ver para este último tema Donoso y Jaque, 2010, donde quedan claros los mecanismos, tomados a préstamo de la literatura medieval y grecolatina, que Góngora Marmolejo utiliza para ilustrar las virtudes y defectos de los distintos gobernadores.

³ Solo a título ejemplar, en el capítulo 26 Góngora Marmolejo afirma la veracidad del relato de una hazaña de guerra asegurando que «me hallé presente y peleé en todo lo más de lo contenido en este libro» (*Historia*, p. 248). Cito siempre por mi edición crítica publicada en Editorial Universitaria en 2016, que es versión revisada y corregida de la publicada en Iberoamericana-Vervuert en 2010. El manuscrito de la crónica se conserva en los fondos de la Real Academia de la Historia, en Madrid.

⁴ Este es quizá uno de los peores lastres que arrastran varios cronistas de la época, por lo que es destacable que el propio Barros Arana diga de Góngora Marmolejo que

es, por tanto, un historiador bastante confiable, hasta donde le podemos pedir, y sus palabras nos servirán para pasar revista al tema central de este trabajo, que no es otro que analizar cómo el pueblo mapuche, después del desconcierto inicial de los primeros años de la conquista, fue capaz de levantarse moral y físicamente contra el español y su máquina de guerra, creando a su vez una estrategia y un aparato bélico notables, con los cuales logró distintos grados de éxito en su lucha.

Los mapuche se tuvieron que enfrentar, inicialmente, a unos enemigos desconocidos que se valían de atemorizantes medios de transporte, los caballos y que utilizaban mortíferas armas de metal, lo cual los obligó a adaptarse a las nuevas circunstancias, tal como indica Álvaro Jara:

La resistencia del indio, en especial en la región situada al sur del Bío-Bío, a adaptarse a la dominación de los españoles, que suponía una transformación sustancial de su forma de vida, le llevó a desarrollar una actividad guerrera defensiva que influyó de manera apreciable en su sistema bélico, pues enfrentaba a un adversario por entero diferente en este terreno a sus anteriores y esporádicos enemigos aborígenes. En el curso del siglo XVI tiene lugar una adaptación y un mejoramiento de sus técnicas guerreras tan decisivo, que logró poner en jaque a la sociedad española (1984, p. 59).

«Adaptación» y «mejoramiento»... El camino, sin embargo, será muy largo y estará plagado de espinas para los indígenas. Muchos caerán en el camino y el aprendizaje demorará varios decenios. Sin duda que el primer gran hito de este proceso es la aparición entre los mapuches de un genial estratega llamado Lautaro. Perteneciente al pueblo *pikunche* y educado por los españoles trabajó como mozo de cuadra de Valdivia; los testimonios cronísticos coinciden en que Lautaro es el primero que se atreve a desmitificar en forma pública la idea cuasi sobrenatural que de los peninsulares tenían los indígenas, desnudando su mortalidad y la precariedad, debido a su escaso número, de su dominación. Góngora Marmolejo apunta que el primer gran mérito de Lautaro fue lograr convencer a los caciques del sur del Biobío de escuchar lo que les tenía que decir, cosa que no era fácil debido a los resquemores que entre ellos

«dotado [...] de un juicio recto y de una notable honradez de carácter, [...] se muestra equitativo y desapasionado en sus apreciaciones de los hombres y de los sucesos, de tal suerte que en la mayor parte de los casos, el historiador puede aceptar sus opiniones como la expresión de la verdad, o como algo que se le acerca mucho» (2000, tomo 2, p. 212).

provocaba su convocación por un indígena afuerino. Según el testimonio del cronista, una vez que los caciques aceptan escucharlo,

el Lautaro tocó la trompeta que traía de las que en la guerra había ganado; después de habella tocado subió en su caballo y, puesto en medio de todos porque le pudiesen mejor ver y oír, les comenzó a hacer una oración con palabras recias y bravas, poniéndoles por delante la miseria y cativerio que tenían, y que él, movido de lástima, había salido de su tierra a procurarles libertad; y, pues vían cuán oprimidos estaban, tomasen las armas y se juntasen todos, que con la orden que él les daría no dudasen de pelear, porque convenía así para alcanzar su deseo, y que echarían a los cristianos de toda su tierra, pues ellos eran hombres y tenían tan grandes cuerpos como otros indios cualesquiera. Con sus pies y manos libres, ¿en qué les podían ellos hacer ventaja? Pues todos eran unos y parientes antiguos, y que bien habían sabido las muchas vitorias que los indios de Arauco habían tenido de cristianos, y cómo se habían libertado con las armas, que les rogaba las tomasen y enviasen mensajeros los unos a los otros para que todos con una voluntad tomasen aquella guerra (*Historia*, pp. 224–225).

Los caciques, animados con el provocador discurso de Lautaro, reconocen por vez primera la posibilidad de expulsar a los porfiados invasores, y se ponen bajo sus órdenes. De la mano de este astuto estratega aparece entre los mapuche la novedosa táctica de los escuadrones de relevo para enfrentar la máquina de guerra española, estrategia justamente diseñada pensando en el escaso número de hombres con que contaban los peninsulares. La estrategia consistía en aprovecharse del agotamiento que los españoles acumulaban tras largas horas de combate sin descansar, enfrentándolos a escuadrones de indígenas que se renovaban periódicamente. En efecto, al ponerla en práctica por primera vez en Tucapel, la estrategia acabará con las vidas de Pedro de Valdivia y sus hombres. Tras la debacle española en dicho lugar, los ánimos de los indígenas se encienden y empieza un levantamiento, el de fines de 1553 y principios de 1554, que tendrá su perfecto correlato, varios decenios después y en circunstancias mucho más terribles, en los sucesos que acabarán con la muerte de otro gobernador y sus capitanes, más cientos de españoles muertos y quinientas mujeres y un número indeterminado de niños cautivos de los indígenas, así como la destrucción de todas las ciudades al sur del Biobío: me refiero al famoso levantamiento general indígena que comienza tras la muerte en Curalaba del gobernador Martín García Oñez de Loyola, el 23 de diciembre de 1598.

Un segundo hito en este proceso de aprendizaje y rebeldía, que debió influir con fuerza en el fortalecimiento de la moral del pueblo mapuche, constituye un ejemplo notable de valentía y braveza indígena. En palabras de Góngora Marmolejo, los sucesos relacionados con el bravo guerrero Galvarino fueron «una cosa [...] que por ser dina de memoria la escribo, para que entienda el que esto leyere y considere cuán valientes hombres son estos bárbaros y cuán bien defienden su tierra» (*Historia*, p. 247). El hecho se relata en el capítulo 26, el cual da cuenta de los tiempos en que García Hurtado de Mendoza, nuevo gobernador de Chile y comandante de las tropas españolas asentadas temporalmente en Millarapue, se enfrenta a las huestes mapuches dirigidas por Caupolicán. Según el relato, mientras se encontraba en el campamento,

unos [indios] corredores le trajeron a don García un indio, al cual mandó que le cortasen las manos por las muñecas; así castigado lo envió adonde los señores principales estaban, y que les dijese si le venían a servir les guardaría la paz, y si no lo querían hacer que a todos había de poner de aquella manera (*Historia*, p. 247).

El castigo realizado en Galvarino, lejos de producir el efecto disuasivo buscado, envalentona a Caupolicán, quien lo utiliza para hacer escarmentar a sus hombres y mostrarles cómo es preferible morir antes que terminar en tan lamentable estado, inutilizados para el combate. Por eso llama a sus guerreros a que

no tuviesen temor de dar otra y otra batalla, hasta morir todos; y que cuánto mejor les era morir peleando valientemente que no verse como aquel indio, cortadas las manos; y para más animallos andaba el indio, las manos cortadas, por el escuadrón diciendo a todos su mal (*Historia*, p. 248)⁵.

Galvarino se ha convertido, hasta el día de hoy, en un símbolo de la resistencia indígena contra la dominación española. Sabemos, gracias a los testimonios cronísticos, que su mutilación no solo fue puesta como ejemplo de lo que la derrota a manos de los españoles iba a significar para el pueblo mapuche, sino que él juró pelear ya que se había que-

⁵ Recuerda también el episodio de Galvarino el cronista Jerónimo de Vivar, pp. 240 (prisión del indio por los españoles) y 242 (suplicio).

dado sin manos para coger las armas con los dientes⁶, e incluso cierta tradición lo recuerda combatiendo posteriormente con cuchillos amarrados a sus muñones sangrantes. Es, como vemos, un claro símbolo de la tozudez y bravura del pueblo mapuche, que se resistía a subsistir como servidor del otro.

A lo largo de los casi cincuenta años que abarca este extenso proceso de resistencia y aprendizaje, desde la muerte de Valdivia en 1553 hasta el desastre de Curalaba en 1598, hay varios hitos más que destacar. Entre batalla y batalla la lectura de la crónica va dejando rastro de las espantosas consecuencias físicas que los golpes de las diestras manos indígenas (macanazos, garrotazos y lanzazos entre los más comunes) producían en los españoles, de la misma forma que describe también, con lujo de detalles, los destructivos efectos que las balas de artillería españolas ocasionaban en los despavoridos indios. Lo cierto es que con el correr de los años las armas de los indígenas van perfeccionándose⁷: se incorpora el metal de las espadas y cuchillos españoles a las lanzas y flechas indígenas y el largo de las picas aumenta, para hacer frente en mejor forma a los hombres montados a caballo. Asimismo, los mapuches también se interesan por los caballos y aprenden a montar. En efecto, a contar de la gobernación de Melchor Bravo de Sarabia, situada entre fines de la década de 1560 y mediados de la década siguiente, empiezan a aparecer menciones a la existencia de una diestra caballería mapuche⁸. El uso de las armas de fuego, en cambio, les resultará más complejo, pero igualmente irán perdiéndole el temor con el paso del tiempo, y lograrán contar entre sus filas con polvoristas cautivos o escapados de las filas españolas que los proveerán de la vital pólvora necesaria para accionar arcabuces y mosquetes.

Hay casos en que el ingenio del indígena suple largamente el atraso técnico, como ocurre con una novedosa estrategia de combate que los mapuches estrenan en la batalla de Marigüeñu, ocurrida en febrero de 1554, poco tiempo después de la muerte de Pedro de

⁶ Así lo testimonia Vivar, p. 242.

⁷ Para todo el tema de las armas de los indígenas americanos es ya clásico el completo estudio de Salas, 1950, con versión abreviada en 1986.

⁸ Véase Jara, 1984, pp. 60-62. Uno de los autores que testimonia este aprendizaje y dominio de la caballería por parte de los mapuches es Alonso González de Nájera, militar que en su *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile* (1614) llega a afirmar que a comienzos del siglo XVII la caballería mapuche era superior en número a la española (pp. 296 ss.).

Valdivia, en que los indios se enfrentan a las tropas del desafortunado general Francisco de Villagra:

Para esta batalla hicieron los indios una invención de guerra diabólica, que fue en unas varas largas como una lanza ataban a ellas, desde poco más de la mitad, un bejuco torcido, que sobraba de la vara una braza y más; esta cuerda que sobraba era un lazo que estaba abierto, y de aquellos lazos llevaban los indios de grandes fuerzas cada uno, uno. Estos hicieron mucho daño, porque, como andaban envueltos con los cristianos, tenían ojo en el que más cerca llegaba y echábanle el lazo por la cabeza, que colaba a el cuerpo, y tiraba tan valientemente, con otros que andaban juntos para efeto de ayudalles, que lo sacaban de la silla: dando con él en tierra lo mataban a lanzadas y golpes de porras que traían (*Historia*, p. 197).

Otros artilugios ofensivos se suman con el paso del tiempo. La crónica también refiere el invento por los indígenas de un arma arrojadiza letal, estrenada con éxito cuando un ejército mapuche ataca el recién fundado fuerte de Penco:

Con muchos garrotes, tan largos como el brazo y menores —que de ellos trajeron muchas cargas—, y con sus lanzas largas y arcos y grande cantidad de flechas, armados con unos pedazos de cuero de lobo marino cudrío y grueso, que a manera de coracinas les defendía el güeco de el cuerpo; y platicado entre sí de la manera que pelearían, tomaron esta orden: que hecha la palizada, cuando los cristianos viniesen a romper en ellos, pues eran tan pocos, disparasen los garrotes a las caras de los caballos, arrojadizos; y que siendo, como eran, muchos, dándoles tanta lluvia de palos en las caras y cabezas, harían mucho efeto para que no osasen llegar a ellos (*Historia*, p. 219)⁹.

Por otra parte, resulta evidente que el minucioso conocimiento que los mapuches tenían de la geografía de su tierra¹⁰, especialmente de los

⁹ También menciona estas arteras armas Vivar, p. 154: «Y estos y los de las lanzas llevan unos garrotes que arronjan y tiran con tan gran fuerza que si acierta alguna rodela la hace pedazos, y si dan en brazo o pierna, lo quiebra. Y tiran tantos destos que parecen granizos, según los arronjan espesos».

¹⁰ A este tema dedica un completo apartado González de Nájera en su texto, cuyo Punto primero lleva por título «La guerra que hacen los indios a nuestros españoles con la gran fortaleza de su tierra». Ver pp. 301 ss..

caminos por los que transitaban los españoles, también los ayudó en la preparación de algunas de sus terribles armas:

Aquel invierno desde La Imperial a Cañete se andaba el camino con alguna seguridad, por los muchos castigos que se habían hecho, aunque dieron los indios en una invención de guerra dañosa: que hacían hoyos secretos, grandes y cuadrados en mitad de los caminos y en ellos hincaban varas, tostadas las puntas y muy agudas, tan gruesas como astas de dardos, y cubrían estos hoyos por cima de tal manera que se mataban muchos caballos dentro de ellos, metiéndose aquellas astas por las tripas. Hubo grandes castigos para quitalles que no los hiciesen, empalando dentro en los hoyos los indios que se tomaban en aquella comarca (*Historia*, p. 265).

En otro caso el ingenio indígena busca vulnerar el sistema de abastecimiento de agua de los españoles, a los cuales tienen sitiados en el fuerte de Arauco. El hecho ocurre en medio del famoso cerco indígena a este fuerte, ocurrido durante el cruento invierno de 1562. Apunta el cronista que

los cristianos, viéndose cercados y tantos enemigos sobre ellos, y que no eran parte para salir fuera, comenzó el capitán Lorenzo Bernal a tasar la comida y dar raciones en general del trigo y maíz que en el fuerte había, teniendo gran guardia en el bastimento, y mandó limpiar un pozo que dentro en el patio del fuerte tenía hecho, temiéndose de cerco; y porque tenía el pozo poca agua para tanta gente y bestias, para mejor poderse sustentar ordenó que, cargada el artillería y los arcabuceros en orden para dalles socorro, con las vasijas que tenían saliesen por agua, y la tomasen de una hoyo que estaba junto a la trinchea de los indios, porque luego aquella noche que llegaron sacaron trincheas grandes con vueltas torneadas, y tan hondas que detrás dellas podían estar bien seguros de artillería ni de otro ningún asalto que no fuese muy a su ventaja; juntamente con esto se velaban con gran cuidado y mudaban los cuartos al sonido de un gran cuerno que para el efeto tocaban; y puestos en orden cincuenta soldados con sus armas para defender a los que habían de tomar el agua, salió el capitán del fuerte caminando; las centinelas dieron arma en el campo; los indios toman las armas y están quedos, esperando ver si iban a pelear o qué camino llevaban. Entendiendo a lo que iban, salen a defendelles el agua, los unos con muchas flechas, que parecía llovían sobre ellos; los cristianos [a] arcabuzazos pelearon, hasta haber tomado agua, y al volver con ella era cosa de ver la flechería que les iban tirando, hiriendo a muchos, que como iban a espaldas vueltas los herían en las piernas, y al levantar de los pies hirieron

[a] algunos en las plantas y en otras partes. Esto era de ordinario, hasta que viendo que de las veces que salían fuera le herían muchos soldados, y por otra parte los indios se ensuciaban en el agua y echaban en ella cosas muertas porque no la bebiesen —con todo aprovechaba poco, que todavía la bebían, saliendo a su riesgo por ella—, entendiendo los indios que dentro en el fuerte no la debían tener, pues bebían aquella tan mala, con herramientas y palos tostados sacaron un foso desde una quebrada, rompiendo un pedazo de loma que estaba en medio. Con esta diligencia desangraron por allí el charco, de tal manera que no dejaron en él agua ninguna. El capitán Lorenzo Bernal daba y repartía el agua con orden a todos los que en el fuerte estaban; los caballos era lástima de ver, que como no comían se enflaquecieron mucho, sustentándose de alguna paja, dándoles con ella juntamente a beber de dos a dos días; mas como luego reconoció el cerco iba a lo largo, quitó el agua a los caballos, de que se comenzaron a morir muchos; mandábalos desollar y aprovechándose de alguna carne lo demás se enterraba, y con los cueros daba el capitán orden reparasen las paredes de los cubos, porque no se cayesen a causa de las aguas que entraban del invierno (*Historia*, pp. 310–312).

Cortar el suministro del agua y ensuciar o envenenar el vital elemento no eran ninguna novedad como tácticas de guerra. Se inscriben en la más pura tradición de la astucia en las formas de guerrear, presente en diversas culturas a través de los siglos. Los mapuches también utilizan estas estrategias, con distintos resultados, como hemos podido apreciar en este ejemplo. Todo vale para detener el implacable avance del invasor.

CONCLUSIÓN

A partir de un texto concreto, como es el de Alonso de Góngora Marmolejo, he pretendido en este trabajo abordar el proceso de aprendizaje y resistencia del pueblo mapuche contra los conquistadores españoles, un proceso que tuvo como ineludible punto de partida el conocimiento y la desmitificación del adversario, al que se creía un ser sobrenatural e inalcanzable. En este camino ayudó no poco al indígena la observación paciente de las costumbres del rival y la asimilación de sus armas, a lo que se sumó el perfeccionamiento de las propias y la invención de diversos artilugios y estrategias de guerra, entre los cuales destaca la incorporación de nuevas tácticas, como la del escuadrón de relevos. Si a esto sumamos el notable dominio del espacio geográfico que tenía el pueblo mapuche, espacio que supieron aprovechar a la perfección, la

guerra de Arauco se convirtió en un verdadero callejón sin salida para los españoles. Aunque durante algunos lustros, destacados militares hispanos como García Hurtado de Mendoza y Rodrigo de Quiroga, merced a la disciplina y la mano dura, pudieron mantener a raya a los indígenas y lograron provisorios tiempos de paz, esto se logró gracias a un notable desgaste humano y material para los españoles, imposible de sostener en el tiempo con recursos únicamente particulares. La monarquía no supo o quizá no quiso hacerse cargo, por entonces, del problema, y cuando este hizo crisis el 23 de diciembre de 1598, en Curalaba, y estalló el posterior levantamiento indígena, el problema derivó en insoluble: muerto el gobernador y sus principales capitanes; destruidas las ciudades al sur del Biobío; cautivas muchas mujeres y niños y con la dominación española limitada al norte de dicho río, todo ello va a empujar a la metrópoli, ya a comienzos del siglo XVII, a la creación de un ejército profesional permanente para Chile, sostenido económicamente ya no por los vecinos y la iniciativa individual del gobernador de turno, sino por el virreinato de Perú, a través del establecimiento de un Real Situado. Pero la estrategia de guerra a seguir contra los tozudos indios será debatida por largos años: mientras unos, como Alonso González de Nájera, defenderán a brazo partido el endurecimiento de la guerra ofensiva, basándose en su propia experiencia combatiendo por largos años en Arauco, otros, como el jesuita Luis de Valdivia, plantearán que eso es justamente lo que ha llevado las cosas al lamentable estado en el que se encuentran, proponiendo, en cambio, y como política de estado aprobada por la Corona, la estrategia de la guerra defensiva. Unas y otras estrategias hispanas, sin embargo, no darán frutos duraderos, y el problema nunca acabó de resolverse, mal que nos pese, mientras el reino de Chile fue territorio de la monarquía española. Hoy los gobiernos republicanos, en pleno siglo XXI, siguen enfrentando nuevas formas de resistencia indígena.

BIBLIOGRAFÍA

- BARROS ARANA, Diego, *Historia General de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2000, tomos 1 y 2.
- BOCCARA, Guillaume, *Los vencedores. Historia del pueblo mapuche en la época colonial*, Santiago, Universidad Católica del Norte-Línea Editorial IIAM-Ocho Libros Editores, 2009.
- DONOSO, Miguel y Javiera Jaque, «Vicios y virtudes del gobernador: el modelo literario clásico de los retratos o semblanzas en la *Historia* de Góngora Marmolejo», *Revista Chilena de Literatura*, 76, 2010, pp. 205-221.
- GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de, *Historia de todas las cosas que han acacido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*, estudio, edición y notas de Miguel Donoso Rodríguez, Santiago, Editorial Universitaria, 2016.
- GONZÁLEZ DE NÁJERA, Alonso, *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, estudio biográfico, edición, notas filológicas e históricas de Miguel Donoso Rodríguez; estudio preliminar y notas históricas de Rafael Gaune Corradi, Santiago, Universitaria, 2017.
- JARA, Álvaro, *Guerra y sociedad en Chile y otros temas afines*, Santiago, Editorial Universitaria, 1984.
- SALAS, Alberto Mario, *Las armas de la Conquista*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1950.
- *Las armas de la Conquista de América*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986.
- VIVAR, Jerónimo de, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*, Edición facsímil del manuscrito y transcripción de I. Leonard, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1966.



Estudios Indianos, 9

El presente libro incluye catorce trabajos que se enfocan en el estudio de diversos sujetos coloniales que vivieron en los virreinos americanos entre los siglos XVI y XVIII. El enfoque de cada uno es diverso, como diversos fueron estos sujetos y también las distintas estrategias que utilizaron, no solo para encontrar mejoras dentro del sistema colonial sino, en muchos casos, para reivindicar una identidad individual o colectiva. Se estudian en algunos de estos trabajos también las formas de representación (incluidas sus valoraciones) entre los diferentes grupos de sujetos coloniales: peninsulares, criollos, indios, mulatos, cimarrones; y las estrategias discursivas (imitación, representación, reescritura) que esgrimieron en sus respectivos proyectos. Merece atención en varios de los estudios el Inca Garcilaso de la Vega. Pero también pueden hallarse aproximaciones a las figuras de Alonso Enríquez de Guzmán, Titu Cusi Yupanqui, Carlos de Sigüenza y Góngora, Juan de Espinosa Medrano, Juan del Valle y Caviedes y José Joaquín Fernández de Lizardi, además de otros cronistas y textos de la época.

Carlos F. Cabanillas Cárdenas es profesor titular en la UIT Universidad Ártica de Noruega (Tromsø) y miembro asociado del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra. Ha desarrollado su actividad investigadora sobre todo con relación a la obra del poeta colonial Juan del Valle y Caviedes, de quien ha realizado una edición crítica de sus poemas contra los médicos de Lima (*Guerras físicas, proezas medicales, hazañas de la ignorancia*) y varios estudios que aclaran el panorama textual de sus obras poéticas.



UNIVERSIDAD
DEL PACÍFICO

